

1

VERENA

Un frío intenso y cortante me envolvió, robándome hasta la última pizca de calor. Temblaba, con el cuerpo pegado a la piedra húmeda y los músculos entumecidos por la dureza implacable de la superficie que tenía debajo. La estancia tenuemente iluminada parecía estar sumida en un frío glacial que se me metía en los huesos hasta hacerme daño. Incluso las cadenas que me ataban las muñecas parecían retener el frío, como si absorbieran el calor de mi piel hasta adormecerme los dedos.

Parpadeé lentamente, esforzándome por enfocar la vista. El espacio parecía a la vez vasto y sofocante, con sombras que se cerraban sobre mí y se movían al incidir en ellas el tenue rayo de la luz del sol que se filtraba a través de una pequeña ventana enrejada en lo alto. El olor, espeso y rancio, a la humedad del hierro y del suelo me inundaba la lengua.

Me moví un poco y el sonido de mis cadenas provocó un fuerte estruendo que rompió el silencio. Un dolor agudo me recorrió los brazos porque las ásperas ataduras se clavaban en mi piel, en carne viva.

Tenía los hombros destrozados por la tensión constante de llevar atada lo que parecía una eternidad, aunque podían haber sido tanto solo unas horas como quizá días.

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando intenté incorporarme apoyando la espalda contra la rugosa superficie de la pared de piedra. Mi cuerpo se rebelaba, tenso por el dolor, pero rechiné los dientes y me obligué a seguir adelante. El dolor era mejor que la paralizante sensación de impotencia que amenazaba con consumirme.

La puerta de hierro se alzaba ante mí, con la superficie manchada de óxido, como si hubiera guardado secretos durante siglos. La sala se me antojaba inquietantemente estancada, y el único movimiento que había en ella provenía de las motas de polvo que flotaban a través del provocador rayo de sol. Levanté la cabeza y clavé la vista en la estrecha ventana. Aunque hubiera podido ponerme de pie, aunque mis piernas me hubieran sostenido, era imposible de alta. Otra prisión dentro de una prisión.

La desesperación amenazaba con apoderarse de mí, cerrándose a mi alrededor como un torno.

«*Me estás haciendo perder el tiempo, Verena*». La voz de mi padre acudió a mi memoria. «*Demuéstrame tu poder o desearás la muerte*».

Su voz siempre era un arma, más afilada que cualquier espada, que atravesaba mis defensas con facilidad. No gritaba nunca porque no le hacía falta. Su tono calmado mientras me destrozaba era más aterrador que su ira.

Quería que me derrumbara.

Una densa capa de silencio sofocaba el aire y se clavaba en mis oídos, permitiendo que mis pensamientos dieran más y más vueltas, cada vez más rápidas y más fuertes, hasta que se enredaban en una opresiva trampa.

«*No vales nada*».

«*Una heredera sin poderes*».

La duda se deslizó en mi interior como el susurro de una serpiente; sus palabras venenosas calaban en mis pensamientos y emponzoñaban mi determinación.

Cerré los ojos y busqué algo, a alguien, cualquier cosa que me mantuviera con los pies en la tierra.

Dacre.

Su rostro acudió con facilidad a mi mente, como si tuviera hasta el último detalle grabado en mi memoria: su cabello oscuro y rebelde, los ángulos marcados de su mandíbula, la intensidad tranquila y ardiente de sus ojos, la forma en que me miraba, como si me viera por entero, hasta las partes que le ocultaba al resto del mundo.

Imaginaba su roce, áspero pero cuidadoso, la forma en que sus curtidos dedos recorrían mi columna, tranquilizadores y firmes. Casi podía oír su voz, profunda y serena, que me tranquilizaba como

nada más podía hacerlo. Se me aceleró el pulso y una oleada de calor intentó atravesar el hielo que se había instalado en mi pecho.

Él vendrá a por mí.

Tenía que hacerlo.

Pero la duda era como una sombra que se clavaba obsesivamente en mis pensamientos y se negaba a dejarme encontrar consuelo en las palabras a las que me aferraba con desesperación.

Aparté el recuerdo de él en el muelle, con las manos extendidas y el rostro desencajado por la rabia y la angustia. El sonido de mi nombre arrancado de sus labios, crudo y quebrado, mientras los guardias me llevaban a rastras lejos del barco que estaba destinado para los dos.

Un dolor agonizante, denso e insoportable se apoderó de mi pecho.

¿Adónde se lo habían llevado? ¿Qué cruel destino le esperaba a manos de aquellos marineros? ¿Qué les había pagado mi padre a cambio de la traición? ¿Qué recompensa les habría ofrecido para asegurarse de que nunca volviera a ver a Dacre?

Mi mente se aceleró con imágenes frenéticas, cada una más aterradora que la anterior, pero sabía que, donde fuera que se encontrara, estaba mucho más seguro que si hubiera estado conmigo.

Mi padre gobernaba mediante el miedo y el fuego. Yo había visto lo que les sucedía a los que se le oponían a él, y Dacre había hecho algo mucho peor que desafiarlo.

Me había ayudado a escapar. Yo había sido su enemiga, representaba lo que más odiaba y era una amenaza para todo lo que él defendía.

Y, aun así, me había elegido.

Incluso después de enterarse de la traición, después de descubrir mi verdadera identidad, después de todas las razones que le había dado para que me rechazara, me había protegido.

Y me había dado el arma más peligrosa de todas: la esperanza.

Parpadeaba dentro de mí, frágil y desquiciada, como la única brasa en la oscuridad.

Se me hizo un nudo en la garganta. El pánico se apoderó de mí, pero me aferré a esa brasa como alguien que se ahoga se aferra a un trozo de madera.

Dacre iba a ir a buscarme, me repetía una y otra vez, y esas palabras se convirtieron en una oración desesperada entre el miedo que me invadía.

Mis pensamientos eran un campo de batalla furioso, mi mente y mi corazón tiraban en direcciones opuestas hasta que sentí que estaba a punto de romperme en pedazos. Conservaba la esperanza de que él iba a ir a buscarme, pero también les suplicaba a los dioses entre susurros que lo mantuvieran alejado de este lugar.

Porque si se atrevía a acercarse, mi padre no iba a permitir que escapara con vida. Usaría a Dacre como una herramienta y lo sometería a un tormento implacable mientras me obligaba a mirar para destrozarme, para doblegar mi voluntad hasta que cediera por completo, moldeándome para convertirme en lo que él deseaba desesperadamente que fuera.

Un sonido repentino rompió el silencio; el de unos pasos fuertes y decididos que se acercaban cada vez más.

El corazón me latía tan fuerte que podía sentirlo contra mis costillas, como si intentara escapar de su jaula. Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron mientras forzaba mi columna a enderezarse, cuadrando los hombros a pesar del fuerte tirón de mis ataduras.

La puerta de hierro emitió un crujido inquietante y sus bisagras oxidadas chirriaron al abrirse.

Entraron dos figuras altas, encapuchadas, con los rostros ocultos en las sombras proyectadas por la tenue luz.

Mi padre iba tras ellas, y su sola presencia llenó el ambiente como una humareda y me dejó sin aliento.

Una de las figuras encapuchadas dio un paso adelante.

—¿Es ella? —La voz era suave, femenina y calculadora. Se agachó y se echó hacia atrás la capucha.

Era hermosa. Sorprendentemente hermosa. El cabello blanco enmarcaba sus pómulos afilados y sus rasgos parecían esculpidos en mármol.

Pero fue la cicatriz irregular que le recorría la mandíbula lo que me llamó la atención. Era una marca antigua, de una herida mal curada que en su día había sido profunda.

Sus ojos eran de un blanco lechoso y se movían de derecha a izquierda como si no me estuviera viendo en absoluto.

Era todo un espectáculo.

Desvié la mirada a toda prisa y me fijé en la otra figura encapuchada, la que estaba envuelta en una capa de color negro intenso con el escudo de mi padre bordado con hilo brillante en el pecho. Estaban ahí, inmóviles, pero podía sentir sus miradas clavadas en mí.

Mi padre se acercó a la mujer, con la mano apoyada en la empuñadura de una daga.

—Sí. Es resistente. Un defecto que heredó de su madre.

La mujer se volvió hacia mi padre antes de volver a prestarme atención, y yo miré hacia mi padre con ira, con el corazón ardiendo de rabia.

—Interesante —ronroneó ella, y me recorrió de arriba abajo con la mirada—. Parece que tiene bastante más espíritu luchador del que insinuabas.

Extendió la mano y yo retrocedí instintivamente.

Me rozó la piel con los dedos y me recorrió una fuerte descarga de magia, fría e invasiva, que hurgó en mi mente como garras clavándose en la carne.

Arqueé la espalda involuntariamente y se me escapó un grito ahogado sin que pudiera evitarlo.

—Se está protegiendo —murmuró, impresionada—. Y con ganas.

—Esfuézate más —espetó mi padre.

La mujer me clavó los dedos en las sienes, frunciendo el ceño en señal de concentración. Apreté los dientes, haciendo acopio de todas mis fuerzas.

La voz de Dacre susurró en mi mente y recordé su roce, sus promesas, su presencia; me aferré a esos recuerdos y me envolví en ellos como si fueran una armadura.

Un momento después, la mujer maldijo entre dientes, retiró la mano y se la puso en la frente.

—Su escudo es muy fuerte. No puedo atravesarlo.

El sudor le perlaba la frente; mi padre tensó la mandíbula.

—Déjanos solos.

La mujer se levantó, dubitativa.

—Tus métodos no funcionan. Estás debilitando su cuerpo, pero su poder...

—¿Cuánto poder puede tener esta cría? —Mi padre se remangó y un pequeño gemido se escapó de mis labios—. No ha tenido poderes hasta ahora, y seguirá sin ellos cuando termine con ella.

La mujer se dirigió a la salida con la otra persona encapuchada, pero al llegar cerca de la puerta vaciló.

—Dejadme pasar más tiempo con ella, majestad. No sé qué era antes, pero ahora no es impotente. No puedo usar mi visión si...

—No tenemos tiempo para tus delicadezas —masculló mi padre. Estiró la mano, la enredó en mis cabellos y tiró hacia atrás con tanta fuerza que un grito ahogado se escapó de mi garganta. Tensé los brazos contra las cadenas que me sujetaban y sentí una presión implacable en las articulaciones. Él se echó hacia mí y su aliento me rozó la piel—. Crees que has conseguido una pequeña victoria —murmuró con un tono engañosamente suave, aunque mortal—. Pero no es así. Eres débil, Verena... Igual que tu madre.

Se me aceleró el pulso y clavé la vista en los fríos ojos de mi padre, buscando algún indicio del hombre que una vez creí que era, pero lo único que quedaba de él era un gobernante frío y calculador, consumido por la codicia y la amargura.

—Mi madre no era débil —logré decir entre dientes, con la voz temblorosa de ira.

Su sonrisa burlona se acentuó, distorsionando sus rasgos.

—No podía hacer frente a las exigencias de ser reina, ni podía darme un heredero adecuado para nuestro reino.

Apreté los puños y me clavé las uñas en las palmas de las manos.

—¿Y la nueva reina? —Me esforcé por arrancar esas palabras de mis labios reseco—. ¿Fueron también las exigencias de ser tu esposa las que la mataron?

Me dio una bofetada que no vi llegar. La fuerza del golpe me hizo tambalearme; se me nubló la vista y el sabor metálico de la sangre inundó mi boca.

—Tonta insolente —siseó. Las palabras brotaron de sus labios como veneno, envolviéndome con la intención de asfixiarme—. Serán mis exigencias las que sellarán tu destino también si no me das lo que quiero.

Dio un paso atrás y espiró bruscamente. Se recorrió la mandíbula con los dedos; era un movimiento calculado, como si se estuviera conteniendo para no recurrir a más violencia.

—No sé cómo darte lo que quieres —mentí, con la voz quebrada a pesar de mis esfuerzos. Los dos sabíamos la verdad. Él podía saborearla en el aire entre nosotros: era una verdad llena de un tácito desafío.

Sus ojos se oscurecieron, y pude ver la tormenta que había en sus profundidades antes de que su puño chocara contra mi sien.

Sentí una oleada de dolor detrás de mis ojos. El golpe me hizo caer al frío suelo de piedra y mis muñecas atadas se retorcieron dolorosamente bajo mi cuerpo. El impacto relampagueó en mis músculos magullados e inundó de dolor hasta el último de mis nervios.

Me zumbaban los oídos, y apenas pude distinguir la voz de la mujer que aún estaba junto a la puerta, al fondo de mi celda.

—Su majestad... —Le tembló la voz, y su tono estaba salpicado de miedo y preocupación.

Mi padre apenas le dirigió una mirada, pues mantenía sus ojos oscuros clavados en mí mientras daba vueltas a mi alrededor. Sus pasos retumbaron amenazadoramente en el diminuto espacio.

—¿Qué?

—No podré detectar su magia si apenas está viva.

Su sombra se cernía sobre mí, alargándose de forma siniestra bajo la tenue luz de las velas.

—Tienes dos días. —Le tembló la mano cuando la levantó para limpiarse la boca, dejando un rastro carmesí en su piel. No sabía si era su propia sangre, de sus nudillos partidos, o la mía—. Pero por ahora déjala —continuó, con un tono entre la ira y la decepción. Se volvió hacia mí, que yacía a sus pies como un juguete roto, y oré para que no viera las lágrimas silenciosas que resbalaban por mis mejillas—. Mi heredera preferiría morir guardando los secretos de esos rebeldes antes que arrodillarse ante el rey que ha pasado su vida protegiéndola de las crueldades de este mundo. —Soltó un brusco suspiro y se encogió de hombros como para sacudirse el peso de lo que yo había hecho—. Necesita tiempo para reflexionar sobre sus decisiones y las consecuencias que estas acarrearán. —Se

dio media vuelta y recorrió a zancadas el suelo de piedra hasta la salida.

Un fuerte golpe se oyó en toda la sala cuando la puerta se cerró de golpe.

Permanecí inmóvil, con la respiración entrecortada, esperando a que el dolor en las costillas se atenuara. El dolor era algo vivo, que me arañaba las entrañas y exigía mi rendición.

Cerré los ojos con fuerza y moví los labios en una silenciosa plegaria a los dioses a los que hacía mucho que había abandonado. La sala se tragó el tiempo y el silencio se alargó, sofocante.

La oscuridad se deslizó en la estancia y envolvió mis costillas con sus dedos helados. Mi respiración se volvió más lenta, más laboriosa.

Entonces escuché el susurro de un movimiento, un cambio en el aire, y abrí los ojos de golpe.

La puerta estaba entreabierta y la luz parpadeante de la antorcha proyectaba sombras extrañas contra la pared.

Me tensé. Había alguien allí.

Apreté los puños.

—¿Quién anda ahí? —pregunté, con la voz ronca y quebrada, pero no hubo respuesta. Recorrí con la mirada todos los rincones de la estancia, con el pulso latiéndome con fuerza en las venas—. ¡Sal! —exigí, aunque mi cuerpo estaba demasiado débil como para defenderse si querían hacerme daño.

Hubo otro movimiento fugaz y una sombra salió de la oscuridad.

Me quedé paralizada; el instinto me gritaba que retrocediera, pero no tenía ningún sitio a donde ir.

Entonces escuché una voz familiar.

La figura, aún envuelta en un manto negro, se acercó lentamente a mí, ocultando su forma y sus rasgos bajo la capa.

—Tienes aún peor aspecto de lo que esperaba.

La capucha cayó hacia atrás y reveló un rostro que pensaba que no iba a volver a ver.

Unos cálidos ojos marrones, amables y llenos de algo que no podía nombrar, se encontraron con los míos.

Un sollozo se apoderó de mi garganta de forma espesa e insoportable.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, con la voz ronca por la incredulidad.

—He venido por ti, Nyra —murmuró, usando el único nombre por el que me había conocido.

Micah.

2

DACRE

En el barco no dejaba de escucharse un coro incesante de crujidos y gemidos, como un redoble de tambor que se hiciera eco de mi fracaso. Las olas se estrellaban contra el casco, martilleando sin cesar, igual que la cruel verdad: no había podido proteger a Verena.

Los grilletes de hierro se clavaban en mis muñecas, dejando marcas rojas que me escocían con cada movimiento. Pero el dolor que sentía era lejano, un simple ruido de fondo en mi mente.

Lo único que importaba era ella.

La imagen de los guardias llevándose a rastras a Verena, con el rugido de las olas ahogando el sonido de sus gritos desesperados, se quedó grabada a fuego en mi retina. Su nombre fue lo último que pronuncié antes de que me silenciaron a la fuerza con una mordaza, como si intentaran romper el vínculo que nos unía.

Pero fracasaron.

Encogido en el rincón más alejado de mi celda, el espeso hedor del agua salada y los cuerpos sin lavar se me pegaba como una segunda piel. El aire húmedo era sofocante y me obligaba a respirar de forma superficial.

Me encogí de hombros, derrotado, y me apoyé contra los fríos barrotes de hierro.

Fuera, una luz se balanceaba de un lado a otro, proyectando una luz dorada que bailaba sobre las rugosas paredes de madera. Pero a pesar de sus esfuerzos por iluminar la oscuridad, solo conseguía hacer más profundas las sombras en mi mente.

Repetía los acontecimientos de ese día una y otra vez en mi cabeza. Debí haber luchado más. Haber sido más inteligente. Debí haber hecho algo, cualquier cosa, para evitar que se llevaran a Verena.

Pero en cambio, allí estaba yo, atrapado en esa miserable celda, a bordo de ese maldito barco, mientras ella... Dioses, no podía ni imaginar los horrores que estaba soportando.

Apreté los puños con fuerza y me clavé las uñas en las palmas de las manos como los fríos grilletes de metal se clavaban sin piedad en mi piel. Su rostro me perseguía incluso cuando cerraba los ojos. El dolor que sentía en el pecho era abrumador, una mezcla de culpa y rabia que me dificultaba respirar. Pero más que eso, era el vacío que dejaba su ausencia lo que me pesaba, un recordatorio constante de lo que había perdido y de lo que había permitido que me arrebataran.

Era como si pudiera sentirla físicamente a través del delicado y desconocido vínculo que nos unía. Un débil eco de su sufrimiento calaba en mi ser, como un susurro lejano que rozara los confines de mi mente. No era más que una sensación, un cruel truco de la desesperación, pero me aferré a ella de todos modos.

—Verena —susurré su nombre, que escapó de mis labios como una súplica.

Rechiné los dientes y me obligué a incorporarme. No podía quedarme allí más tiempo mientras ella estuviera ahí fuera, herida, sola y a merced de su cruel padre. Ese pensamiento provocó una oleada de furia en mi interior y acabó con el entumecimiento que se había apoderado de mis miembros, encendiendo una feroz determinación en mí.

El guardia apostado fuera de mi celda era un hombre corpulento y bruto, que estaba cruzado de brazos y se aferraba a una daga deslustrada. Se apoyaba contra las húmedas paredes de madera, con los ojos entrecerrados y la mirada perdida, como si la monotonía de su trabajo le hubiera embotado la mente.

Me puse de pie sobre el suelo húmedo y me agaché con expresión inquieta mientras escudriñaba el estrecho pasillo más allá de los barrotes de hierro. El barco se balanceaba y se mecía bajo mis pies, y el incesante choque de las olas contra el casco enmascaraba cualquier sonido que yo hiciera.

El plan que estaba tomando forma en mi mente no era perfecto. Ni siquiera era bueno. Pero era todo lo que tenía.

Las frías y pesadas cadenas que rodeaban mis muñecas tintinearón cuando las moví para comprobar su peso y tensión. Me dejaban la libertad justa para moverme, la suficiente para ser útiles.

—¡Eh! —exclamé, con la voz ronca y áspera por la falta de uso y de agua.

Al principio no reaccionó, y siguió con la mirada fija en algún punto lejano. Pero cuando volví a llamarlo, esa vez más alto, se volvió por fin hacia mí con expresión de fastidio.

—Cállate —masculló, aferrándose a la daga con más fuerza.

No me callé.

Me apoyé con indiferencia en los barrotes metálicos de mi celda y lo observé con cara aburrída.

—Estoy enfermo —anuncié, poniéndome las manos sobre el estómago—. Creo que se me han infectado las heridas.

No era del todo mentira. Mi cuerpo parecía estar luchando contra sí mismo, suplicando ser curado.

—Vas a tener que esperar hasta que llegemos a tierra, y aún quedan días para eso. El rey ordenó que te lleváramos lo más lejos posible de su reino y de su heredera, y llevamos menos de un día en el mar, chico. —Pude ver cómo se tensaban los músculos de su mandíbula al apretar los dientes, y cómo su mano se aferraba con más fuerza a su daga oxidada. *Acércate*. Me agaché aún más, gimiendo hasta que él maldijo entre dientes—. El rey te quiere vivo —siseó—. Quiere que te interrogue el capitán. Quiere que te torturen hasta que chilles como un cerdo y lo cuentes todo sobre tu querida rebelión. —Dio un paso agresivo hacia mí, con la daga apuntando en mi dirección—. El rey da generosas recompensas cuando consigue lo que quiere. Enséñame tu herida. —Cambié el peso de un pie a otro, listo para atacarlo tan pronto como estuviera a mi alcance. Los latidos de mi corazón parecían retumbar en las paredes de mi celda y en mis oídos—. Enséñame tu herida —repitió en voz baja y amenazante, acercándose a los barrotes.

Antes de que pudiera reaccionar, me abalancé sobre él. Las pesadas cadenas que rodeaban mis muñecas traquetearon cuando las enrosqué alrededor de su grueso cuello y tiré con todas las fuerzas que me quedaban.

Su daga cayó al suelo con un ruido metálico; él soltó un grito ahogado y sus manos se lanzaron a por las cadenas para intentar librarse de ellas.

El barco se balanceó violentamente e hizo que los dos trastabilláramos. Me agarré con fuerza a las cadenas, utilizando los barrotes como palanca mientras seguía tirando.

Él se resistía, jadeando desesperadamente y clavándome las uñas en las muñecas mientras intentaba soltarse de las cadenas.

Volví a tirar hasta que su cuerpo se sacudió una vez, dos veces, antes de quedarse flácido. Lo dejé caer al suelo sin dudarlo, sin piedad.

Me arrodillé y busqué frenéticamente las llaves en su cinturón. Mis dedos temblorosos finalmente encontraron un llavero de metal frío y lo saqué.

La primera llave no encajó, y tampoco la segunda.

Se oyeron pasos en la cubierta de arriba. Maldije entre dientes, tanteando las llaves, y casi las dejé caer.

Ahora no. Estoy muy cerca.

Finalmente, al tercer intento, sentí un satisfactorio clic cuando la llave giró en la cerradura y los grilletes se desprendieron de mis doloridas muñecas con un sordo ruido metálico.

Espiré bruscamente, ignorando el dolor de mis muñecas, y metí una de las llaves en la cerradura oxidada de la puerta de la celda. Con cada intento, el peso parecía aumentar, y maldije mientras buscaba en el pasillo alguna señal de que alguien me hubiera oído. Las bisagras chirriaron en señal de protesta cuando giré la siguiente llave y oí el clic de la cerradura al abrirse.

Lenta y cuidadosamente, empujé la pesada puerta hacia fuera y su borde oxidado rozó el suelo.

El pulso me retumbaba en los oídos cuando le eché un vistazo al guardia, que todavía estaba desplomado, con el rostro flácido por la inconsciencia. No estaba muerto, pero casi.

El pasillo daba vueltas y giros, y estaba lleno de rollos de cuerda, aparejos de pesca desechados y herramientas oxidadas. El barco se balanceaba bajo mis pies y el murmullo de voces procedentes de arriba se filtraba a través de las tablas de madera del techo.

Me mantuve en las sombras; mis pies apenas hacían ruido contra las húmedas tablas del suelo. Calculaba cada paso y medía cada respiración.

Las escaleras se alzaban ante mí, empinadas y estrechas. En lo alto, titilaban las tenues luces de las antorchas y, más allá, la libertad. Una oleada de determinación me recorrió la columna vertebral.

No iba a morir ahí.

Di el primer paso. Luego otro. Cada crujido de la madera bajo mis pies hacía que mi pulso se acelerara, cada sonido era una amenaza.

Las voces de arriba se hicieron más claras.

—El capitán quiere que nos dirijamos al este por la mañana.

—Deberíamos estar en el próximo puerto en...

Las palabras se interrumpieron cuando el barco dio una sacudida repentina y violenta.

Mierda.

Me lancé contra la pared y dejé que las sombras me envolvieran cuando un par de botas aparecieron en lo alto de las escaleras.

El hombre murmuró algo, ajustándose el cinturón mientras bajaba.

Más cerca.

Intenté alcanzar mi poder, pero estaba demasiado débil. Mis fuerzas se me escapaban de tal manera que no me quedaba nada para mi magia.

En cuanto estuvo a mi alcance, atacué.

Levanté el brazo para agarrarlo por el cuello. Abrió los ojos de par en par cuando lo empujé y perdió el equilibrio en los escalones desiguales.

Apenas tuvo tiempo de soltar una maldición antes de que le golpeará la cabeza contra la barandilla. Una vez. Dos veces. Se desplomó.

Lo agarré por el cinturón y lo bajé por las escaleras lo más silenciosamente que pude antes de dejarlo junto al guardia inconsciente. No había tiempo para buscar armas. No había tiempo para precauciones. Subí los escalones de dos en dos.

El aire frío del mar me hirió como un cuchillo en cuanto llegué a la cubierta superior; la sal y el viento casi me desgarraban la piel.

La oscura extensión del mar se abría en todas direcciones, infinita e implacable. La luna brillaba en lo alto y su luz plateada se reflejaba en las olas ondulantes, proyectando sombras inquietantes y cambiantes por toda la cubierta.

Dos miembros de la tripulación estaban cerca de la barandilla, de espaldas a mí, absortos en una conversación en voz baja.

Me moví rápido, silencioso, letal.

Mis dedos rozaron una cuerda enrollada cerca del mástil y la desprendí con un movimiento fluido. El primer hombre se dio la vuelta y frunció el ceño.

—Eh...

Me abalancé sobre él, golpeándole con el hombro en el pecho antes de que pudiera terminar de hablar.

Él tropezó y chocó contra el otro miembro de la tripulación y los dos perdieron el equilibrio. Sus espadas estaban a medio desenvainar cuando yo ya estaba en movimiento.

No les di ninguna oportunidad.

El primero se echó sobre mí y yo me agaché y le di un codazo en las costillas antes de derribarlo con una patada.

El segundo hombre fue más rápido; su espada silbó en el aire y me pasó rozando el cuello.

Lo agarré de la muñeca y le di un rodillazo en el estómago. Él soltó una maldición cuando le arranqué la espada de las manos y le golpeé la sien con la empuñadura.

Se derrumbó.

Me volví hacia el primer hombre, que se estaba poniendo en pie a duras penas.

Demasiado lento.

Le clavé la espada robada en el muslo. Dejó escapar un grito ahogado y sus piernas se doblaron bajo su peso al desplomarse contra la cubierta. No me quedé a ver cómo caía.

Las cuerdas.

Agarré el ovillo más cercano, con el corazón latiéndome con fuerza, até un extremo a la barandilla y lancé el otro por la borda.

Abajo, una pequeña balsa salvavidas se balanceaba violentamente, con las cuerdas tensas mientras luchaba contra el embate de las olas.

Me asomé por la barandilla, con los ojos irritados por las salpicaduras de agua salada. Pasé la pierna por encima y me apoyé en la madera resbaladiza. Oí un grito a mis espaldas.

Me impulsé y caí en picado hacia la balsa que me esperaba abajo.

La balsa se balanceó con fuerza cuando golpeé el fondo y el impacto me dejó sin aliento.

Apenas tuve tiempo de sentir el dolor antes de volver a moverme.

El barco se alzaba sobre mí, y se oían gritos alarmados y botas pisoteando la cubierta.

Busqué mi espada y la agarré con fuerza. La última cuerda aún mantenía amarrado la balsa salvavidas. Tenía que cortarla.

Me afané para rajar las gruesas fibras, pero la espada resbalaba contra la cuerda húmeda y desgastada por el mar.

Vamos.

Una sombra pasó por encima de mí, y levanté la vista justo cuando el capitán se asomaba por la barandilla, con los ojos desorbitados por la furia.

—¡Detenedlo!

Más gritos. Más movimiento.

La espada que sostenía se clavó más profundamente y cortó la mitad de la maroma.

La balsa se balanceó violentamente bajo mis pies cuando otra ola la golpeó y me salpicó con la fría agua del mar.

Se oyeron pasos atronadores arriba.

Ya casi lo había conseguido. Otro corte...

La cuerda se rompió.

La balsa se balanceó, se soltó del barco y surcó las agitadas aguas. El impacto me hizo caer de espaldas contra el banco de madera y sentí un dolor agudo en las costillas, pero no dejé de moverme.

Arriba, la tripulación corría de un lado a otro y sus voces se oían cada vez más lejanas a medida que la balsa salvavidas se alejaba más y más. El mar me había reclamado.

La sal me escocía en la piel y el viento gélido no paraba de aullar mientras luchaba por mantener el equilibrio. Las olas eran implacables, chocaban contra la pequeña embarcación y la sacudían.

Pero yo era libre.

Agarré los remos; mis músculos protestaban cada vez que los hundía en el agua y cada palada era como fuego en mis miembros agotados.

Verena.

Solo su imagen permanecía firme como un faro en la tormenta.

El tiempo perdió su sentido. El cielo se oscureció y luego volvió a aclararse. Las horas se alargaban y tenía el cuerpo entumecido por el cansancio, y mi mente estaba tan turbulenta como el mar. El miedo, los remordimientos y una esperanza absurda se agitaban y se removían en mi cerebro, amenazando con consumirme.

Su nombre sonaba una y otra vez en mi mente, un susurro contra el rugido del mar.

Había un frágil hilo que me unía a ella, y me aferré a él mientras remaba con más fuerza.

Me obligué a concentrarme en los detalles de su rostro: las delicadas pecas que bailaban en sus mejillas, la calidez de su sonrisa cuando compartió conmigo la historia de su madre... Repetí una y otra vez en mi mente los votos que pronunciamos en su historia.

Cada palabra tenía un peso y una promesa que aún perduraban.

Hasta que las aves marinas comenzaron a volar sobre mi cabeza y una delgada línea de tierra apareció en el horizonte.

El alivio cayó sobre mí como si hubiera recibido un puñetazo en el pecho, aturdidor y abrumador.

Seguí adelante, volcando las últimas reservas de mis fuerzas en cada golpe de remo.

La costa se acercaba, y podía ver los acantilados irregulares elevándose desde el mar como centinelas.

Y entonces oteé unas cuantas figuras alineadas en la playa, y me invadió la inquietud.

Mi padre seguía buscándome. Mi padre, a quien había traicionado para salvarla. Había traicionado a mi gente, pero no tenía otra opción.

El barco rozó la arena. Salí tambaleándome, con las piernas a punto de fallarme al pisar tierra firme.

—¡Dacre!

La voz se escuchaba a lo lejos, pero aun así me resultaba muy familiar. Levanté la cabeza, con la vista nublada.

Los pasos en la arena se escucharon más altos hasta que estuvieron justo a mi lado, y unas manos me agarraron por los hombros. La arena se movió bajo mi peso cuando intenté enfocar la cara que tenía delante.

Kai.

Me estaba hablando, pero no podía entender las palabras. Y entonces oí otra voz.

—La encontraremos.

Wren.

Intenté levantarme, intenté hablar.

—¿Dónde está?

Pero el mundo se tambaleó y me envolvió la oscuridad, y lo último que escuché fue la voz de Wren haciendo eco en el vacío.

—La encontraremos.

3

VERENA

El dolor me recorría el cuerpo como un ser vivo, arañándome los confines de la mente, atormentándome con su insistencia, que no dejaba sitio para pensamientos coherentes. Incluso el suelo de piedra rugosa bajo mis pies parecía conspirar contra mí, con sus bordes irregulares clavándose en mi cuerpo magullado y maltrecho.

Intenté inspirar hondo, pero mis costillas gritaron en señal de protesta.

Una tos seca y áspera escapó de mi garganta, y el sonido retumbó en la cámara, burlándose de mi debilidad. Hacía días que no me daban agua.

Días desde que Micah había visitado mi celda.

Días desde que temí haber imaginado a mi amigo.

Cada inspiración era una lucha; cada espiración sabía a hierro.

Él no va a doblegarme.

Repetía desesperadamente esas palabras en mi mente, aferrándome a ellas como a mi último hilo de esperanza, pero incluso ese hilo se estaba deshilachando, al igual que los límites del control de mi padre.

Cerré los ojos y apoyé la frente contra las rodillas, encogiéndome sobre mí misma. El hambre me devoraba el estómago y me nublaba la vista.

Me estremecí cuando la voz de mi padre atravesó el aire espeso y brumoso.

—Veo que sigues aferrándote a tu rebeldía. —Sus pesadas botas sonaban contra el suelo con cada paso deliberado y preciso. De repente, la sala se hizo pequeña, sofocante bajo su presencia—. Admiro tu determinación, Verena —dijo con desdén, con palabras

que rezumaban desprecio. Me negué a mirarlo a los ojos porque sabía que eso solo iba a alimentar su ira. Pero podía sentir su mirada clavada en mí, diseccionando hasta la más mínima señal de debilidad. El ambiente se volvió más espeso cuando se cernió sobre mí y me preparé para lo peor. Sus dedos se cerraron alrededor de mi barbilla con crueldad y me obligó a levantar la cara. Unas sombras fracturadas se proyectaban sobre sus rasgos—. ¿Sabes qué es lo que más admiro de ti, mi querida hija? —preguntó con una voz engañosamente suave—. Tu implacable terquedad. Apretó más fuerte, clavándome las uñas en la piel—. Es... inspiradora. —Me empujó hacia atrás y mi cabeza se estrelló contra la pared. Un grito ahogado se escapó de mis labios cuando el dolor se extendió por mi cráneo—. Pero la terquedad sin un propósito es inútil —continuó, paseándose como un depredador. Su voz se volvió más fría, más cruel—. Te aferras a una lealtad que solo te conducirá al desastre. ¿La ciudad oculta? —Hizo una pausa, esperando a que lo mirara—. La hemos encontrado.

El corazón me dio un vuelco en el pecho, latiendo con una intensidad que me provocaba náuseas.

—Mientes.

Él sonrió de forma lenta y calculadora. Estaba disfrutando con aquello.

—Te lo aseguro, Verena. Mi ejército es minucioso —dijo, burlándose de mi miedo—. Ni siquiera ese chico al que tanto deseabas proteger pudo detenernos.

—No. —Se me heló la sangre en las venas.

Mi padre se agachó, con los ojos brillantes de oscura diversión.

—¿No? —Ladeó la cabeza—. ¿Crees que miento? ¿Crees que están a salvo? —Se me entrecortó la respiración. *Está jugando contigo. No lo sabe. No puede saberlo*—. Dime, hija —murmuró, fingiendo ternura—. ¿Qué secretos valen la vida de aquellos a quienes dices querer?

Dacre.

Su rostro apareció en mi mente, y no estaba segura de si era la duda que mi padre intentaba sembrar o mi propia desesperación, pero habría jurado que podía sentirlo a través de ese vínculo invisible, una oleada de su anhelo susurrando a través de mí.

—No sabes dónde están —susurré.

—Quizás —dijo, enderezándose—. Pero ¿estás dispuesta asumir ese riesgo? —Las palabras se me clavaron en la piel como veneno—. Dame lo que quiero, Verena. —Su voz se volvió mortalmente serena—. Revela tu magia. Dime todo lo que sabes.

La estancia se estrechó y las paredes se cerraron sobre mí; sus amenazas me atenazaban la garganta como un cepo. Mi respiración se aceleró y se entrecortó aún más, y la duda carcomió mi determinación.

—No lo traicionaré.

—No tienes elección —masculló mi padre, rodeándome el cuello con la mano. Jadeé, pataleando, arañando, luchando—. Ya los estás traicionando a todos. —Apretó y se me nubló la vista cuando mis pulmones se quedaron sin aire. Le arañé la muñeca, pero no me soltó—. Guarda tus secretos —espetó con desprecio— y morirán contigo. O acepta quién debiste ser siempre... —apretó más fuerte y sentí su aliento en mi oído— y les perdonaré la vida. —Me retorcí, desesperada, buscando cualquier cosa dentro de mí, mi magia, los restos de mi fuerza, pero no había nada—. La rebelión por la que luchan está muerta de todos modos, Verena. —La risa baja y amenazante de mi padre inundó la estancia, y, como si yo no fuera más que una muñeca rota, me dejó caer al suelo. Sentí una punzada de dolor en las costillas, y mis brazos, aún atados con cadenas, quedaron retorcidos bajo mi cuerpo, enviando sacudidas de agonía a través de mis hombros. Ahogué un sollozo, temblando mientras me acurrucaba sobre mí misma—. No te engañes pensando que tienes el control. —Sus botas rasparon la piedra al darse la vuelta—. La princesa de Marmoris. —Chascó la lengua, pero yo no levanté la vista—. Eres tan patética como tu madre.

Me mordí el labio y sentí el sabor de la sangre. *No vas a hacer que me derrumbe.*

—Disculpad, majestad. —Se oyó un suave crujido de la puerta de hierro antes de que un guardia entrara.

—¿Qué pasa? —preguntó mi padre, sin apartar la mirada de mí ni un segundo.

—Os esperan en la sala de guerra. Es urgente.

Apenas registré las palabras. Todavía estaba jadeando, temblando. Y entonces, el guardia salió a la luz. Era Micah.

El aliento se me congeló en los pulmones.

Se mantenía muy recto, vestido con el impecable uniforme de la guardia del rey, con cada pliegue y costura nítidos y precisos. El escudo del reinado de mi padre estaba cosido en el pecho de su chaqueta, brillando como una marca contra él. Era algo que no podía ser.

—La vidente... —ordenó mi padre, con voz impaciente—. Traedla a ver a la heredera de inmediato. El tiempo es esencial.

Micah asintió.

—Iremos a buscarla ahora mismo, majestad.

Mi padre se dio la vuelta para marcharse y clavó la vista una vez más en mí antes de desaparecer por la puerta. No respiré hasta que sus pasos se desvanecieron en el silencio.

Cuando finalmente lo hice, me dolían los pulmones.

Miré a Micah, buscando algún rastro del amigo que conocía, del chico en el que una vez había confiado, pero lo único que podía ver era el escudo en su pecho como la marca de su traición.

—¿Por qué estás aquí? —Tenía la voz ronca, áspera por gritar, por ahogarme, por luchar.

Micah tensó la mandíbula, dudó y habló por fin.

—No tuve otra opción. —Las palabras fueron tranquilas, pero pesadas, como un ancla que lo arrastrara hacia las profundidades—. Tu padre... —Se detuvo. Desvió la mirada y algo brilló en sus ojos: culpa, miedo, arrepentimiento—. Mi hermana... —Esas palabras apenas susurradas me helaron la sangre

Había pasado muchas noches escuchándole hablar de ella, de la hermana menor que le habían arrebatado de entre sus brazos la noche en que habían matado a sus padres. Lo único en el mundo que había querido proteger.

—¿Qué le hizo? —Apenas reconocí mi propia voz. Micah negó con la cabeza y se volvió hacia la puerta de la celda. Se me revolvió el estómago y el corazón me latió con fuerza contra las costillas—. ¿Qué quieres de mí?

Micah se volvió de nuevo hacia mí e hizo lo último que esperaba: se arrodilló ante mí y pasó su mano temblorosa por encima de mí, pero sin tocarme.

—Quiero ayudarte.

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotros, frágiles e inciertas. No las creí, y menos cuando se arrodillaba ante mí con ese uniforme, cuando mi padre había convertido en un arma a todas las personas con las que había entrado en contacto.

—¿Ayudarme? —pregunté en un susurro apenas audible—. ¿Cuántas órdenes de mi padre has seguido antes de decidirlo?

Micah se estremeció y apretó los labios en una delgada línea.

—Yo no he pedido esto.

Mi risa fue seca, sin humor.

—Y, sin embargo, aquí estás.

Micah tensó la mandíbula.

—¿Crees que yo lo elegí? —No le respondí. No creía que a ninguno de los dos nos fuera a gustar mi respuesta. Se produjo un largo silencio entre nosotros. Entonces, él suspiró—. Te he estado buscando desde el momento en que me enteré de que te habían arrestado.

—¿Qué?

Se pasó la mano por la cara.

—Nunca les habría dejado llevarme vivo si no hubiera estado buscando... —Se interrumpió, negando con la cabeza. El arrepentimiento se reflejaba en sus rasgos.

—Lo siento —susurré.

Entonces recorrió con la mirada mis moratones y mis cadenas, las señales del daño que me habían hecho.

—¿Por qué? —preguntó con voz hueca.

—Por mentirte. Por no decirte quién era de verdad. —Mi voz estaba cargada de culpabilidad. Las palabras salían de mis labios como piedras, cada una más pesada que la anterior—. Te merecías la verdad, Micah. Sobre todo.

La mirada de Micah volvió a la puerta abierta, como si esperara que alguien irrumpiera y se lo llevara a rastras. Luego se concentró en mí y vi el leve destello de desconfianza en sus ojos.

—Creía que luchábamos por lo mismo —murmuró. No había malicia en su tono, solo un cansancio profundo—. Creía que sabía quién eras.

Era una simple afirmación, pero me llegó directamente al alma.

—No podía decírtelo. —Se me hizo un nudo en la garganta al confesarlo—. No sabía en quién podía confiar. Ni siquiera confiaba en mí misma.

Sus hombros se tensaron, y vi el peso que acarreaba por mi culpa.

—Ya no importa —escupió, con el cuerpo temblando de tensión—. Ya no importa nada.

Me estremecí ante la amargura de su voz.

—Micah...

—Nadie vendrá a por ti, Verena. —Sus palabras fueron como un frío cuchillo que atravesó la bruma de mi esperanza. Era la primera vez que me llamaba por mi verdadero nombre. Sus ojos eran como el acero, penetrantes e inflexibles al encontrarse con los míos—. Ni siquiera aquellos a los que dejaste atrás. Nadie.

Sus palabras se retorcieron dentro de mi pecho.

—No lo conoces —logré articular, con la voz temblorosa por el miedo que no podía ocultar—. Él vendrá a buscarme.

La expresión de Micah no cambió, pero algo en sus ojos me revolvió el estómago.

—Quizás lo haga —murmuró—, pero ¿seguirás aquí para entonces?

Levantó la mano y extendió los dedos hacia mi mejilla. Un contacto en el que antes confiaba, pero mi cuerpo reaccionó con rapidez y me eché hacia atrás, pegándome contra la fría pared de piedra.

Micah se quedó paralizado y luego se quedó mirándome fijamente durante un largo rato. Como si quisiera decir algo más. Como si estuviera esperando.

Pero yo no podía darle lo que quería: ni perdón ni comprensión. Y menos cuando todavía me ahogaba su traición. Debió de verlo en mi rostro, porque apretó la mandíbula y se dio media vuelta.

—Volveré —murmuró por encima del hombro, con voz hueca—. Cuando pueda.

La puerta crujió. Micah agarró el pomo y la abrió, y ese mismo pánico espeluznante de siempre se apoderó de mí. En otro tiempo había querido muchísimo a Micah, había confiado en él cuando no me quedaba nadie en este mundo en quien confiar, y solía permi-

tirme soñar con el día en que él y yo pudiéramos escapar juntos de este reino.

Pero habíamos vuelto exactamente al punto de partida: estábamos atrapados.

—Deberías huir.

Las palabras se me escaparon antes de que pudiera detenerlas.

Micah dudó y se aferró a los barrotes de hierro. Por un segundo, pensé que tal vez me iba a escucharme, pero entonces vi algo duro en su expresión.

—Huir ya no es una opción. —La puerta se cerró de golpe.